

**Foucault y la locura**

LUGO-VÁZQUEZ, Mauricio\*†

*Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.*

Recibido Abril 18, 2015; Aceptado Septiembre 12, 2015

**Resumen**

A lo largo de su itinerario intelectual Michel Foucault hizo varias críticas a la concepción moderna de la locura. En cada una de las etapas por las que su mente, su pensamiento y su análisis pasaron por él, confió en las herramientas y los métodos teóricos y conceptuales que estaba diseñando para llevar a cabo sus investigaciones. Básicamente se trató de superar dos principales posiciones teóricas: el marxismo y la psiquiatría clásica. Tanto concebir la locura como enfermedad, ya sea en términos de disciplina médica positiva o patología social objetiva. En su más importante obra *Locura y Civilización*, trató de desvincularse de la concepción moderna de la locura que lo define como una enfermedad mental, lo que demuestra que su sentido y significado se construye a partir de posibles experiencias históricas que pueda tener. En los diferentes tratamientos que hizo de la alienación mental, el tema de la locura se revela como problemático y extraño. Por último, se analizó a través del enlace entre la locura con la lengua y la literatura, la posibilidad de aprehender como una experiencia fuera del propio sujeto. Este artículo trata de explicar sus cambios sucesivos y la singularidad de su crítica adquiridos en cada una de ellas.

**Locura, psiquiatría, el delirio, la lengua, arqueología, genealogía, conocimiento, el poder**

**Abstract**

Throughout his intellectual itinerary Michel Foucault made several criticisms of the modern conception of madness. In each of the stages that his mind, his thought and his analysis went through he relied on the theoretical and conceptual tools and methods that he was designing to carry out their investigations. Basically he tried to overcome two major theoretical positions: Marxism and classical psychiatry. Both conceive madness as illness, either in terms of positive medical discipline or objective social pathology. In his most important work *Madness and Civilization*, he tried to disassociate itself from the modern conception of madness that defines it as a mental illness, proving that its meaning and significance is constructed from possible historical experiences that it may have. In the different treatments he made of mental alienation the subject of madness is revealed as problematic and strange. Finally, he assayed through the link among madness with language and literature, the possibility of apprehend it as an experience outside the subject himself. This article seeks to explain its successive shifts and the singularity of his criticism acquired in each of them.

**Madness, psychiatry, delirium, language, archeology, genealogy, knowledge, power**

**Citación:** LUGO-VÁZQUEZ, Mauricio. Foucault y la locura. *Revista de Filosofía y Cotidianidad* 2015, 1-1: 14-26

\* Correspondencia al Autor (Correo Electrónico: ffylmau\_lugobuap@hotmail.com)

† Investigador contribuyendo como primer autor.

El tema de la locura es un hilo rojo que recorre buena parte de la obra de Michel Foucault. Con esto no queremos decir que sea el tema central de sus investigaciones, ya que a lo largo de su vida abordó cuestiones y problemas de muy diversa índole. Sus críticas y reflexiones sobre el psicoanálisis, el lenguaje, el poder, la sexualidad, la subjetividad o las ciencias humanas, entre muchos otros, ocupan un lugar tan importante como el que le concedió a la locura. No obstante, es innegable que sus primeros trabajos privilegiaron el problema de la enfermedad mental y la locura, en buena medida a consecuencia de que en el inicio de su desarrollo teórico, su interés profesional se orientó principalmente hacia el campo de la psicología, la psicopatología y la psiquiatría. A pesar de que rápidamente sus investigaciones tomaron nuevos derroteros, regresó, una y otra vez, a la temática de la locura. Es como si todo cuanto hubiera dicho respecto a ella requiriera ser nuevamente examinado, discutido, problematizado, quedara siempre inconcluso y tuviera, por tanto, que ser reformulado bajo nuevos enfoques. Así, aunque su obra principal sobre este tema es *Historia de la locura en la época clásica*, publicada en 1961, una reflexión crítica y constantemente renovada, con un sentido y significado distinto al que le da en este libro, reaparece en muchas de sus obras posteriores. Ejemplo emblemático es el curso impartido en el Colegio de Francia, entre 1973-1974, que está consagrado íntegramente al desarrollo de la psiquiatría en el siglo XIX y que ha sido publicado con el título *El poder psiquiátrico*, en donde, entre otras cosas, hace literalmente un ajuste de cuentas con la obra anterior. Gracias al deslizamiento metodológico y temático operado por el enfoque genealógico, que conlleva -tal y como han observado acertadamente Dreyfus y Rabinow- una decisiva inversión de la teoría por la práctica.

Es que Foucault puede regresar al ejemplo de la *Historia de la locura* para desembarazarse de ese análisis de las representaciones que caracteriza su primer trabajo. En su curso sobre el poder psiquiátrico, la práctica se ha vuelto más fundamental que la teoría. (Cfr. Dreyfus y Rabinow; 2001, pp. 123-124) Lo que significa que la formación de los discursos y la configuración del saber, solo puede ser debidamente aprehendida desde la óptica de las tácticas y estrategias de poder. En efecto, en *Historia de la locura* Foucault había tratado de estudiar la imagen de la locura que imperaba durante los siglos XVII y XVIII, el miedo que provocaba, el saber que se formaba a partir de ella, ya sea de manera tradicional, o de acuerdo a modelos botánicos, naturistas, médicos, etcétera. Lo esencial era que tomaba como punto de partida, como lugar de origen, como espacio a partir del cual encuentran su punto de anclaje las prácticas introducidas en relación con la locura durante el clasicismo, ese conjunto de imágenes tradicionales o no, de fantasmas, de saber, de representaciones que los hombres de aquella época se forjaban en sus mentes. Para decirlo brevemente: en este texto Foucault privilegia lo que podríamos denominar “una percepción acerca de la locura”. Por el contrario, lo que le posibilita ahora la mirada genealógica es hacer un tipo de análisis completamente distinto; ya no poner como punto de partida de la investigación ese núcleo de representaciones que inevitablemente nos envía a una historia de las mentalidades del pensamiento, sino partir más bien, y de entrada, de un dispositivo de poder. A partir de aquí, la pregunta a responder es por tanto la siguiente: ¿de qué manera un dispositivo de poder puede ser generador de una serie de enunciados, de discursos y, en consecuencia, de todas las formas de representación que a continuación pueden suscitarse a partir de él? En síntesis: la genealogía le posibilita estudiar los dispositivos de poder como instancias productoras de prácticas discursivas.

Lo que permite aprehender la práctica discursiva justo ahí donde se origina. Con esto Foucault inicia un largo camino en el estudio de los dispositivos de poder que dará como resultado la formación de ciertas prácticas discursivas. El enfoque genealógico le plantea una pregunta ineludible: ¿cómo puede ese ordenamiento del poder, dar origen a afirmaciones, negaciones, experiencias, teorías, en suma a todo un juego de la verdad acerca de la locura? Relaciones de poder y juegos de verdad; dispositivo de poder y discurso de verdad.

Entre la Historia de la locura y el Poder psiquiátrico existe también una diferencia importante en cuanto al objeto de estudio: el libro se centra en el análisis de las diversas experiencias que de la locura se han tenido desde el Renacimiento hasta la época moderna; el curso –y aquí cabe también incluir el curso sobre Los anormales (1974-1975)- se interesa más bien en el estudio de la historia de la psiquiatría. En rigor no se trata de una historia de los conceptos, ni tampoco de las instituciones psiquiátricas, sino de sus prácticas, es decir de los dispositivos de saber y poder que se han configurado en torno a la locura y al loco. Por cierto, en estos dos cursos, el análisis de las prácticas psiquiátricas trasciende el espacio de la locura y se prolonga hacia la constitución de lo que se denomina la anomalía y de lo que Foucault define como la función-Psi. A pesar de las diferencias mencionadas, estamos lejos de sostener una “ruptura” entre el primer texto y los otros dos cursos. Se trata más bien de un desplazamiento metodológico y temático bajo el cual el estudio de la locura es nuevamente abordado. Hay que decir además que algunos esbozos sobre la historia de la psiquiatría están ya presentes en *Enfermedad mental y personalidad* e *Historia de la locura*.

En otro de sus primeros libros, *Las palabras y las cosas*, podemos captar en germen el esbozo de un proyecto a realizar. Paradigmático y revelador es lo que dice en la última página, en el que nos advierte de la reciente aparición del hombre en tanto que objeto de conocimiento, así como de su cercana desaparición:

“En todo caso, una cosa es cierta: el hombre no es el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano. Al tomar una cronología relativamente breve y un corte geográfico restringido –la cultura europea a partir del siglo XVI- puede estarse seguro de que el hombre es una invención reciente. [...] El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin” (Foucault, 2005: 375)

Si reflexionamos detenidamente sobre lo que dice Foucault acerca del hombre, podemos intuir un programa a partir del cual todos los objetos posteriores de su investigación serán tratados; esto es, como un invento cercano cuya fecha se puede datar, así como la plausibilidad de su fin inmediato.

Esta idea está ya presente en la *Historia de la locura*. Aquí sostiene que la locura en tanto que enfermedad es un “invento reciente”, lo que significa que la “experiencia” moderna de la locura tiene un lugar y cumple una función específica en nuestros discursos y nuestras instituciones que nos es propia, y que ese modo de sernos peculiar tiene su historia, cercana y caduca, cuyos pormenores pueden determinarse por medio del método arqueológico. Pero esto no es todo: entre nuestra propia “experiencia” y las pasadas, no media la línea sinuosa pero continua del progreso de un conocimiento cada vez más adecuado, sino la brusca mutación que separa dos espacios de lo discursivo.

Dos órdenes de gestión institucional que de entrada son inconmensurables. Basta poner en relieve esta sola idea, con todas las implicaciones que conlleva, para darnos cuenta de la distancia que separa esta obra de sus dos textos anteriores: *Enfermedad mental y personalidad* y la “Introducción” a *El sueño y la existencia de Binswanger*.

Asentado el principio de que todo cuanto existe ha sido creado en algún momento de la historia –tesis por lo demás que recupera de Nietzsche- Foucault se da a la tarea de investigar la trabazón de condiciones de posibilidad que se dan cita y convergen en una coyuntura histórica concreta para que la emergencia de un objeto determinado se haga necesaria. Bajo este enfoque investiga y problematiza otras “experiencias” como son el crimen o la sexualidad.

El presente trabajo tiene como propósito principal examinar los desplazamientos que Foucault realizó en su estudio sobre la locura. Se trata de tres momentos claramente diferenciados, cada uno de los cuales, tiene su propia lógica y plantea problemas distintos. El primero de ellos acontece entre los textos redactados durante la década de los cincuenta y la *Historia de la locura*. A este conjunto de textos que comprende *Enfermedad y personalidad*, “Introducción” a *El sueño y la existencia de Binswanger*, ambos publicados en 1954, así como los artículos de 1957, “La investigación científica y la psicología” y “La psicología de 1850 a 1950, los hemos denominado “escritos predoctorales”. El segundo ocurre en ese deslizamiento que va de la *Historia de la locura* a la publicación de Raymond Roussel, en 1963, y los artículos sobre crítica literaria publicados en revistas como *Tel Quel*, *Critique*, etcétera, durante la década de los sesenta. Por último, cabe mencionar los nuevos enfoques proporcionados por los cursos impartidos en El colegio de Francia, entre 1973-1975.

Nos referimos claro está a *El poder psiquiátrico* y *Los anormales*. A estos desplazamientos corresponden cuatro planteamientos coherentes, sistemáticos y distintos de la locura. En el primero –el de los escritos predoctorales- la locura es definida alternativamente como patología social objetiva y proyecto fundamental de existencia; el segundo –la *Historia de la locura*- aborda la cuestión desde el punto de vista histórico y se preocupa por estudiar el tratamiento del loco; el tercero aborda las relaciones entre literatura y locura, en las que cada una de ellas se ciñe a una experiencia singular de lenguaje; finalmente, aunque el acento ya no esté puesto en la locura como tal, sino en el poder que el psiquiatra ejerce sobre el loco, los cursos de El Colegio de Francia, retoman el trabajo iniciado en la *Historia de la locura*. En efecto, esta obra termina con Pinel y el nacimiento del asilo; El poder psiquiátrico comienza con Pinel y el asilo y extiende el análisis todo a lo largo del siglo XIX hasta Charcot.

Los tres desplazamientos no tienen el mismo valor ni la misma importancia. A pesar de los giros, cambios de enfoque, deslizamientos metodológicos y tesis que abandona, tanto el segundo como el tercer desplazamiento, no son sino cierta continuación de las tesis nucleares postuladas por la *Historia de la locura*. En el caso concreto del segundo tiempo, en el que se abordan las complejas relaciones entre literatura y locura, ¿qué otra cosa hace Foucault sino prolongar ciertas intuiciones que estaban ya contenidas en su obra principal? Recordemos que en la *Historia de la locura*, el filósofo ve en el delirio la característica principal que define la locura durante la experiencia clásica:

“Locura, en el sentido clásico, no designa tanto un cambio determinado en el espíritu o en el cuerpo, sino la existencia bajo las alteraciones del cuerpo, bajo la extrañeza de la conducta y de las palabras.

De un discurso delirante. La definición más sencilla y más general que pueda darse de la locura clásica es el delirio.” (1986: I, 369).

En efecto, al estudiar la atribución de las causas de la locura, durante los siglos XVII y XVIII, Foucault distingue entre aquellas que son inmediatas (que tienen que ver con la anatomía cerebral) y las que son remotas (aquí se contemplan todas las influencias posibles, desde la historia personal del alienado hasta los más minúsculos movimientos del universo). La unión de este sistema causal dual se opera en el plano de la “pasión” como lugar de confusión irreducible del alma y el cuerpo. Pero hasta aquí, apunta, no se ha hecho alusión a nada que no sean sino las condiciones de posibilidad de la locura. Su eclosión activa solo se realiza en el ámbito del lenguaje. Alguien puede pensar que está muerto (nos puede ocurrir durante el sueño), esto no nos convierte automáticamente en locos, a menos que, si al afirmarlo, decidamos no comer, so pretexto de que los muertos no lo hacen. “Ese discurso fundamental es el que abre las puertas de la locura.” (Ibid, 367) Locura es, en consecuencia, la organización de razonamientos lógicos que giran alrededor de un eje de representaciones irreales. En el meollo de cualquier locura se halla invariablemente la sintaxis hueca de un discurso que acopla formas lógicas con imágenes oníricas, visiones fantasmales.

“El lenguaje es la estructura primera y última de la locura. Es su forma constituyente”. (Ibid, 370) Para el pensamiento clásico, el delirio (que se halla hasta en el comportamiento obsesivo) está en la raíz de la locura. No está supeditado ni al alma ni al cuerpo, pero orquesta violentamente sus relaciones. Este nexo entre la locura y su lenguaje determina la relación que más adelante tendrá el psicoanálisis con la experiencia clásica.

La célebre frase de Foucault: “es preciso hacer justicia a Freud” (Ibid, 528), significa admitir que ha sido el psicoanálisis quien le ha dado un ímpetu renovado a la tradición clásica, al estudiar la locura a partir de lo que ella dice y definirla originariamente como “delirio”. ¿En qué puede consistir estar loco sino en colmar de imágenes quiméricas unas proposiciones lógicas, expresar el absurdo con lucidez discursiva, manifestar una nada?

“En el fondo, al unir la visión y el enceguecimiento, la imagen y el juicio, el fantasma y el lenguaje, el sueño y la vigilia, el día y la noche, la locura no es nada. Pero su paradoja consiste en manifestar esa nada, hacerla estallar en signos, en palabras, en gestos”. (Ibid, 378)

A partir de aquí, se hace inteligible por qué Foucault afirma que razón y sinrazón se encuentran al mismo tiempo tan próximas y tan lejanas. La razón es contemplada como la negación al instante revelada en el contorno de su propio rostro; la sinrazón no es más que el absurdo nebuloso ofrecido al sol del lenguaje, que en el fondo no es más que deslumbramiento. En rigor, el loco no es el que carece de razón sino el que está deslumbrado: es capaz de ver, pero lo que ve es justamente nada. Por sí sola, la luz lo ciega.

Más adelante, la psiquiatría moderna concebirá al delirio como el carácter patológico que se pone de manifiesto en la capacidad de hablar o como simple expresión de los trastornos cerebrales. Para Foucault, sin embargo, lejos de ser una alteración mórbida, retrotrae la trayectoria del lenguaje hasta poner de manifiesto su posibilidad fundamental: allí donde se anuda a sí mismo, previo a su función de expresión. Dicho con otras palabras: tanto el delirio del loco como la escritura literaria muestran al lenguaje en el origen de su posibilidad.

La certeza desapasionada y desconcertante de que en el comienzo del lenguaje no existe otra cosa que el lenguaje mismo. Literatura y locura se corresponden mutuamente o, mejor aún, cada una de ellas se ciñe a una experiencia particular del lenguaje. Se dirá que los textos que Foucault consagra a la literatura no se abocan, propiamente hablando, al estudio de la locura. Es cierto, pero todos ellos reconocen una manera de hablar que sirve de apertura tanto al delirio del loco como a la escritura literaria. Tesis que está ya presente en la Historia de la locura. De ahí sus constantes alusiones a escritores como Roussel, Nerval o Artaud, todos ellos declarados por la psicopatología como enfermos mentales y, todos ellos ocupan, no obstante, un lugar importante en la literatura. Es una “experiencia radical del lenguaje” la que hace posible al mismo tiempo tanto al delirio como a la escritura. Por eso cuando Foucault explore la experiencia literaria de estos y otros autores, como Blanchot, Klossowski o Bataille, no estará haciendo otra cosa sino investigar el espacio en que, para él, el delirio de los locos encuentra también su significado.

En lo que corresponde al tercer tiempo se puede también sostener –como ya advertimos– una continuación entre el trabajo realizado en Historia de la locura y las tesis principales de los cursos impartidos entre 1973 y 1975, aunque, ciertamente, estos últimos se orienten más hacia una genealogía del anormal. Como bien observa Edgardo Castro: “El poder psiquiátrico puede ser considerado como un segundo volumen de la historia de la locura.” (2009: 207) Entre el libro y los cursos existen sin embargo tres importantes diferencias. Es el propio Foucault quien, al término del curso inaugural de 1973, hace una autocrítica respecto a su trabajo anterior. Además de cuestionar ese análisis de las representaciones que otorga un privilegio mayor a la percepción de la locura (justo en el momento en el que se exigía un estudio del dispositivo del poder).

Historia de la locura, se apoya en nociones gastadas tales como la violencia, la familia y la institución. No es que proponga abandonar estas categorías, pero sí las desplaza y las matiza significativamente. La primera de ellas le parece inapropiada en la medida que parece sugerir la existencia de un poder que fuera “bueno”, puro, capaz de ejercerse sin violencia y que, además, no sería físico. Para Foucault, por el contrario, todo poder es físico y por tanto su punto de aplicación siempre es el cuerpo. El cuerpo es esencial al poder. Entre el cuerpo y el poder político existe una conexión directa que justo en estos cursos comienza a explorar. Pero esto no es todo: esta noción también parece insinuar que el empleo de una fuerza desequilibrada no forma parte del juego racional y calculado del poder. Y, sin embargo, un poder físico es siempre una fuerza irregular y forma parte de un cálculo. Historia de la locura defiende también la hipótesis de que el saber psiquiátrico, desde inicios del siglo XIX, toma las formas y las dimensiones de una institucionalización de la psiquiatría. En esta hipótesis la noción de institución cobra una importancia relevante. Pero su uso, objeta Foucault, entraña ciertos peligros, ya que quien habla de institución se refiere siempre, en última instancia, a individuos, colectividades y a las reglas que los gobiernan, dando cabida con ello a todos los discursos psicológicos y sociológicos. En el estudio del poder, más que los reglamentos institucionales, lo que importa son las diferencias potenciales.

“Lo importante, entonces, no son las regularidades institucionales sino, mucho más, las disposiciones de poder, las redes, las corrientes, los relevos, los puntos de apoyo, las diferencias de potencial que caracterizan una forma de poder y que son, creo, precisamente constitutivos del individuo y de la colectividad” (Foucault, 2005: 32)

Por último, en el caso de la familia, más que asistir a un desplazamiento lo que hace es una corrección. En *Historia de la locura* sostiene que la familia fue el modelo de la institución asilar. En realidad, el vínculo entre psiquiatría y familia es mucho más tardío, ocurre a fines del siglo XIX y no en el XVIII, como había sugerido.

La importancia de los seminarios sobre el poder psiquiátrico y los anormales reside en que en ellos se introduce por primera vez una conceptualización del poder disciplinario que será central tanto para la escritura de *Vigilar y castigar* como para el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*. A partir de esta conceptualización, el filósofo francés puede contemplar al hospital psiquiátrico del siglo XIX, como un espacio perfectamente ordenado, en el que por medio de la disciplina, la voz imperante del médico es capaz de suscitar una rectitud en el comportamiento del loco.

El poder psiquiátrico reanuda el estudio del archivo psiquiátrico justo en el punto al que había arribado en su *Historia de la locura...*: el *Tratado médico filosófico de la alienación mental* de Pinel. Y, nuevamente, como en su libro anterior, el supuesto humanismo del gran médico de asilo vuelve a ser puesto en entredicho. En el gesto que persigue curar, Foucault denuncia ahora un ejercicio de poder. Hay por tanto también aquí un desplazamiento que es digno de mencionar: el juego dialéctico de la alienación que define el vínculo entre el psiquiatra y el loco es reemplazado, en el estudio de las prácticas terapéuticas, por el orden disciplinario de una máquina asilar. Si *Historia de la locura* le concede valor al tratamiento y las prácticas realizadas por Philippe Pinel, *El poder psiquiátrico*, privilegia, más bien, las estrategias de cura operadas por Françoise Leuret. El segundo, ciertamente, lleva a su paroxismo las propuestas terapéuticas formuladas por el primero.

Pero es en Leuret donde encuentra el ejemplo más elaborado, a partir del cual nos es posible comprender los procedimientos tácticos, los elementos estratégicos, los mecanismos generales puestos en acción - durante el siglo XIX y buena parte del XX- mediante los cuales, sin que haya una explicación ni una teoría que los avale, se espera la curación. Al estudiarlos nos percatamos que estos no son otros sino aquellos bajo los cuales se impone la disciplina dentro de la máquina asilar. Foucault hace alusión a cuatro elementos que combinados definen el marco de la cura, a saber: el aislamiento al interior del asilo; algunos medicamentos de orden físico o fisiológico, como pueden ser los opiáceos o el láudano; un conjunto de coerciones que regulan la vida asilar: la disciplina, la obediencia a un reglamento, un régimen alimentario específico, horas claramente determinadas de sueño y de trabajo; instrumentos físicos de coerción, y por último, una medicación psicofísica, al mismo tiempo punitiva y terapéutica, como la ducha o el sillón rotatorio. (Cfr. *Ibid*,167-169) En el seno de esta máquina el cuerpo del médico jefe cobra una importancia fundamental, no obstante, este puede ser sustituido a su vez por los vigilantes y los servidores (presencia en red). Se trata de un cuerpo sabio que abarca todo el espacio, y que valiéndose de su mirada envolvente e inquisidora, nada de lo que ocurre en el hospital psiquiátrico se le escapa (todo le debe de ser informado). La vigilancia hacia el loco hace que lo atraviesen miradas que no son exclusivamente las del médico. En rigor, no importa quién vigile, el sistema panóptico bajo el cual funciona el asilo, hace que una supervisión y un control continuo e ininterrumpido, recaiga permanentemente sobre cada gesto, cada acción, cada comportamiento del loco. Mientras que la *Historia de la locura* relata el hacinamiento de cuerpos al interior del Hospital general, acumulación que desborda la mirada del médico, impidiendo un saber sobre la enfermedad.

El poder psiquiátrico centra su interés, por el contrario, en los dispositivos concretos, en los efectos arquitectónicos del panóptico asilar. En su gran libro, Foucault no había logrado sino recuperar, a través de las terapias degradantes realizadas por Pinel y Tuke, la interiorización de la gran división operada por el clasicismo, en su curso, sin embargo, estudia en el funcionamiento del asilo la puesta en acción de un poder disciplinario que logra cierta superioridad sobre el antiguo poder de soberanía. Ya no se intenta, como se hacía en Historia de la locura, aprehender la experiencia fundamental que subyace a las prácticas, los gestos y los discursos propios de cada época, ahora el estudio se concentra en la táctica general de poder que es generadora de saberes y conocimientos sobre la locura. Foucault contempla el hospital psiquiátrico del siglo XIX como un espacio trenzado por un conjunto de fuerzas, que tiene por objetivo controlar, someter y sujetar al loco.

“Pero más aún que un ámbito de desvelamiento, el hospital cuyo modelo propuso Esquirol es un lugar de afrontamiento; la locura voluntad trastornada, pasión pervertida, debe toparse en él con una voluntad recta y pasiones ortodoxas. El cara a cara con ellas, el choque inevitable y, en rigor, deseable, producirán dos efectos: la voluntad enferma, que podía perfectamente ser inasible porque no se expresaba en ningún delirio, sacará a plena luz del día su mal en virtud de la resistencia que ha de oponer a la voluntad recta del médico; por otra parte, la lucha que se entabla a partir de ese momento deberá, si se libra de la manera adecuada, llevar a la victoria de la voluntad recta y a la sumisión, al renunciamiento de la voluntad trastornada.” (Ibid, 387)

Las relaciones de poder bajo las cuales funciona el asilo decimonónico son estudiadas bajo un modelo cuasi militar: orden, disciplina, enfrentamiento.

Lucha, resistencia, ataque y contraataque. Si la edad clásica concibe la locura en términos de error o de ilusión, la modernidad la piensa como insurrección de fuerzas. Desde inicios del siglo XIX, deja de ser percibida no tanto en relación con el error sino en relación con la conducta normal y regular; ya no se trata del juicio perturbado sino del trastorno en la manera de obrar, de querer, de experimentar pasiones, de tomar decisiones y de ser libre. Por tanto, curarse será mucho menos restaurar un acuerdo con el orden verdadero de las cosas cuanto doblegarse a la voluntad dominadora del psiquiatra. La práctica terapéutica es abordada desde la óptica de la batalla. “Un proceso, en consecuencia, de oposición, lucha y dominación.” (Idem) A diferencia del modelo hospitalario que se impone durante el siglo XVIII, en el que la observación, el diagnóstico y la intervención médica se adecuaban a una verdad de la enfermedad, el asilo del XIX, es contemplado como un campo de luchas y resistencias: el loco contra el alienista. El saber psiquiátrico se estudia a partir de las narraciones de los enfrentamientos, artimañas y estrategias que ha tenido que emplear el psiquiatra en su lucha contra la locura. Los métodos propios de la época clásica, a través de los cuales se pretendía suprimir el error supuesto de la locura objetivándola (por ejemplo cuando, para hacer que desapareciera, se escenificaba un delirio de persecución representándolo en un teatro frente al acosado), han quedado en el olvido. En el siglo XIX ya no consiste tanto en la ilusión del delirio sino en una voluntad depravada.

De los tres desplazamientos mencionados, el de mayor alcance y repercusión, por las implicaciones teóricas que tuvo, es el que acontece entre los escritos predoctorales y la Historia de la locura. Entre las críticas hechas a la concepción moderna de la patología mental de los primeros textos y la elaborada en su tesis doctoral.

Existe una diferencia fundamental: las primeras –la de Enfermedad mental y personalidad y la de la “Introducción a El sueño y la existencia de Binswanger– están enmarcadas dentro de la concepción, las preocupaciones y la problemática médica características de la época; Historia de la locura, por el contrario, representa un distanciamiento, más aún, una “ruptura”, con respecto a las categorías y las formas de pensamiento propias de la psiquiatría, de la psicopatología y la psicología tradicionales. En este distanciamiento se deja advertir ya la desconfianza que Foucault desde niño sentía, pero que todavía no se manifestaba en los escritos predoctorales, por estas disciplinas. La psiquiatría es la que principalmente se convierte en el blanco de sus críticas. Hay que situar, pues, en el origen de la Historia de la locura, el menosprecio, la casi aversión que tenía por ella desde mucho tiempo atrás. En una entrevista que tuvo lugar, entre el verano y el otoño de 1968, y a la que en vida se opuso tajantemente a que fuera publicada, hace alusión a que en el ambiente médico en que vivió durante su infancia, tanto la locura como la psiquiatría eran contempladas de manera completamente negativa.<sup>25</sup> La razón es simple: para un auténtico médico, para un médico que se ocupa de los cuerpos, más aún para un cirujano que los abre, la locura es una mala enfermedad, una enfermedad inexistente, debido a que carece de sustrato orgánico. “Para llegar a esta última conclusión, de que la locura es una enfermedad que se pretende enfermedad pero que no lo es.

No hay más que salvar una pequeña distancia. En el ambiente en que he vivido no estoy completamente seguro de que no se haya dado ese paso con bastante facilidad en el plano de la conversación corriente o, al menos, en el plano de las impresiones que esas conversaciones corrientes pueden dejar en la mente de un niño.” (2012: 52-53)

Si la locura no es una enfermedad, ¿qué decir entonces del psiquiatra que se ocupa de ella? Se trata, dice Foucault, de un mal médico, de un falso médico que ha sido sin lugar a dudas fatalmente engañado. Y termina por afirmar: “Pienso que solo alguien como yo que tenía una desconfianza respecto a la psiquiatría casi hereditaria, o en todo caso muy enraizada en mi pasado, podía plantear este problema.” (Ibid, 54-55) La novedad que introduce la Historia de la locura con respecto a los textos anteriores, reside, en buena medida, en que por primera vez se hace patente ese desdén que siente por la psiquiatría, el cual permitirá poner en tela de juicio su saber e interrogarse por la relación que pueda existir entre esta forma peculiar de medicina y su propio objeto de estudio. Conforme avance en sus investigaciones irá descubriendo que desde su origen, desde su posibilidad y en todas sus consecuencias y nevaduras, existe una completa y total complicidad entre esta disciplina y su enfermedad. En el valor que Foucault le concede a la desconfianza que se puede tener con respecto a un saber, se deja ver la influencia que Nietzsche ejerció tempranamente sobre él: “... desde Nietzsche se sabe que el menosprecio es un instrumento del saber y que si no se remueve el orden habitual de las jerarquías de valor, los secretos del saber corren el riesgo de no ser desvelados.” (Ibid, 56) Es ese menosprecio seguramente el que está en la raíz de un sinnúmero de relaciones que más adelante fue capaz de descubrir y que, de otra manera, le hubieran permanecido completamente ajenas.

<sup>25</sup> No olvidemos que Foucault provenía de una familia de médicos. Médicos fueron sus abuelos, tanto del lado materno como del paterno, -ambos cirujanos- y médico – también cirujano- fue su padre. Así pues parecía que el destino de Michel Foucault estaba de antemano trazado: estudiaría medicina en la escuela de Poitiers –en la que Paul Foucault, su padre, fungía como profesor de anatomía, tal y como lo había sido el padre de su esposa- y tras completar sus estudios en París, heredaría finalmente la clientela del padre.

La hipótesis que defendemos en el presente trabajo consiste en demostrar que un salto teórico de la mayor envergadura tiene lugar durante este primer tiempo. Es este el que explica la originalidad de muchas de las tesis contenidas en *Historia de la locura*. Esto no hubiera sido posible sin que los referentes teóricos bajo los cuales se mueve Foucault durante este periodo se hubieran desplazado significativamente. En una obra como *Enfermedad mental y personalidad* es fácil detectar como la fenomenología, el marxismo (bajo una vertiente fenomenológica cuyas figuras más relevantes eran Tran Duc Thao y Jean Desanti) y la epistemología francesa (básicamente a través de Georges Canguilhem y su libro acerca de *Lo normal y lo patológico*) ejercen una fuerte influencia sobre él. La “Introducción” a *El sueño y la existencia* de Binswanger es hasta en su lenguaje marcadamente heideggeriano, aunque también el peso ejercido por el análisis existencial (principalmente a través de los textos más significativos de Ludwig Binswanger y Roland Kuhn) es más que visible. En el caso de la *Historia de la locura* la ascendencia de Nietzsche será decisiva. El propio Foucault se encarga, en el Prefacio, de dejar en claro que la obra se realizó “bajo el sol de la gran investigación nietzscheana” (1999: 124); también están presentes los escritores de la transgresión y de la experiencia límite, al igual que investigadores de corte positivista que se habían desenvuelto notablemente en el campo de la mitología y de la historia de las religiones, como es el caso de Georges Dumézil. Estamos citando, claro está, solo algunos de los referentes (a nuestro juicio los más importantes) bajo los cuales Foucault lleva a cabo sus investigaciones. Pero que nadie se lleve a engaño: la “ruptura” de la que hablamos no presupone un abandono de los referentes teóricos anteriores, esta se da más bien en la concepción que tiene, en un momento y otro, acerca de la locura.

En *Historia de la locura*, el influjo de la fenomenología y de la psiquiatría existencial, están aún presentes, de otra manera no se entiende la idea de “una experiencia fundamental de la locura”. Lo sorprendente de este texto es la habilidad con la que Foucault supo conjugar influencias diversas, dispares, tradiciones filosóficas y saberes heterogéneos. Un ejemplo significativo: poco después de la publicación de *Las palabras y las cosas* muchos de sus lectores quedaron pasmados cuando se declaró abiertamente heredero tanto de Nietzsche como de Canguilhem. Ante la constante pregunta de cómo se podían conjugar los trabajos de dos autores bastante divergentes, Foucault solía responder que el propio Canguilhem se había preocupado mucho por estudiar la obra de Nietzsche. Ahora bien, resulta todavía más incomprensible constatar cómo en su obra principal sobre la locura, la autoridad de Nietzsche se concilia, hasta el punto de mezclarse por momentos, con la de Dumézil, principalmente porque este último jamás aceptó ningún tipo de parentesco con el filósofo alemán.

Algunos intérpretes de Foucault, restan importancia al desplazamiento que ocurre durante este momento, ya que encuentran una relación secuencial entre las tesis contenidas en *Enfermedad mental y personalidad* y la *Historia de la locura*.

“El interés histórico del primer libro [*Enfermedad mental y personalidad*] está presente, pero su intención, tono y modo, serán diferentes puesto que el espíritu que antes buscaba la cientificidad del método se acerca a la literatura y la imaginación en un tono más cercano a Borges.” (Ortega, 2013: 43)

Esta manera de confrontar a un Foucault preocupado con la búsqueda de la cientificidad, donde ingenuamente se sostiene a la ciencia como un lenguaje verdadero que da cuenta con objetividad de los fenómenos del mundo.

Y otro más “literario”, nos impide comprender los nuevos enfoques bajo los cuales es abordada la locura en su obra *princeps*. Calibrar y valorar el desplazamiento que va de un momento a otro es central para entender porque el propio Foucault renegará más adelante de *Enfermedad mental y personalidad*, hasta el punto de tratar por todos los medios de impedir que sea publicada nuevamente. Él mismo se refirió siempre a *Historia de la locura* como su “primer gran libro”. Es cierto que al inicio de *Enfermedad mental y personalidad* declara abiertamente el propósito del ensayo: “mostrar de qué postulados debe librarse la medicina mental para convertirse en rigurosamente científica” (1992: 9), y que esta pretensión será abandonada por completo en *Historia de la locura*, pero su importancia y trascendencia va mucho más allá de este solo aspecto. Muchos de los temas que más adelante le ocuparán –la enfermedad, la muerte, el encierro, la prisión, la sexualidad, su crítica tanto a la Ilustración como a las teorías modernas de la responsabilidad moral, la normalización, etcétera- están ya contenidas en este volumen. De igual manera, varios de los campos que preocupan e interesan al filósofo –arte, literatura, ciencia, historia, filosofía- se conjugan magistralmente en el libro. La complejidad de la obra en la que se entrelazan manuscritos de muy diversa índole con investigaciones de archivo e imágenes míticas, a través de las cuales se reivindica la locura, hacen que resulte francamente inapropiado comparar un texto con el otro, mucho menos postular una continuidad discursiva entre ambos. Mientras que en *Enfermedad mental y personalidad* la finalidad consiste en “liberar” a la psiquiatría de las ilusiones que le impiden ser una ciencia, la puesta en tela de juicio del saber psiquiátrico planteada en *Historia de la locura*, constituye por sí sola un acontecimiento que reorienta significativamente la concepción que Foucault tenía de la locura.

Este hecho por sí solo representa una “ruptura” con respecto al saber médico.

Los estudiosos de la obra de Foucault suelen partir de la *Historia de la locura*, en la que por supuesto encuentran una originalidad que caracteriza muchas de sus posteriores investigaciones y que, ciertamente, está ausente en los trabajos anteriores. Pocas veces hacen alusión a estos últimos y cuando lo hacen es de manera bastante escueta. Para nosotros, sin embargo, el paso de un momento a otro es esencial no solo para comprender lo nuclear de su concepción sobre la locura, sino también la génesis de muchos de los temas y de las cuestiones que más adelante le obsesionarán. ¿Con qué enfoques, ideas y pensamientos, tuvo que romper Foucault para poder problematizar, criticar y poner en entre dicho la concepción que todavía hasta la actualidad se tiene acerca de la locura? Esta pregunta solo es posible responderla a partir de la mutación teórica que tiene lugar durante este periodo. Existe en el filósofo francés un cierto abandono de los instrumentos conceptuales que había adquirido durante su formación, lo que le permitirá definir la locura por primera vez en sus propios términos. Colocarnos en el lugar de desplazamiento que va de los escritos predoctorales a la *Historia de la locura* nos va a permitir comprender tres cuestiones fundamentales: la primera tiene que ver con la formación de su metodología de trabajo (el enfoque arqueológico), para, en segundo término, a partir de ahí, situar su posición respecto de las ciencias humanas y del hombre en general, y, por último, mostrar uno de los puntos de inserción en su interés por la literatura.

Es importante mencionar, por otro lado, que la historia a la que alude Foucault en *Enfermedad mental y personalidad* y la que se nos relata en la *Historia de la locura*, es completamente diferente. Se trata de dos historias con sentido distinto.

La primera, la que está contenida en el capítulo V de Enfermedad mental y personalidad, se ocupa principalmente de examinar la relación entre la historia y la enfermedad mental. Esta relación encuentra su expresión teórica en el concepto de alienación. Aquí es el estado histórico-social el que se revela como la condición histórica de surgimiento de la alienación psicológica. A partir de este presupuesto, Foucault le asignará -al final del texto- una tarea tanto a la psicología como a las ciencias humanas, que consistirá en desalienar histórica y psicológicamente al hombre. En su tesis doctoral, la historia de la locura, ya no es la historia dialéctica de las contradicciones, sino más bien una historia trágica, de separaciones y de límites; o, para decirlo en los mismos términos en que él mismo lo plantea en el Prefacio de 1960: esta historia es la confrontación de las dialécticas de la historia con las estructuras inmóviles de lo trágico. (Cfr. 1999: 124) Lo que significa que la locura ya no se reduce a ser una manifestación de las contradicciones históricas en el plano de las estructuras psicológicas y existenciales del hombre. Ahora más bien:

“Hacer la historia de la locura querrá decir así: hacer un estudio estructural del conjunto histórico –nociones, instituciones médicas, jurídicas y policiales, conceptos científicos- que mantienen cautiva a una locura cuyo estado salvaje nunca puede ser restituido en sí mismo”. (Ibid, 126)

Si en el texto de 1954, la historia de la locura se inscribía en la historia de la psicología, en el de 1961, todo parece acontecer exactamente al revés.

La hipótesis de la que parte Foucault en Historia de la locura, la existencia de un grado cero de la locura, de una locura en estado salvaje, una experiencia indiferenciada y sin separaciones.

Constituye también una gran diferencia entre el primer texto y el segundo. Esta locura en estado puro nos resulta inasequible, la única forma de llegar a ella, aunque sin alcanzarla jamás, consiste en esforzarnos por visualizar esa confrontación primera de razón y locura – momento de la división, del establecimiento de los límites.

“Pero a falta de esta inaccesible pureza primitiva, el estudio estructural debe remontarse hacia la decisión que une y separa a la vez razón y locura; debe intentar descubrir el perpetuo intercambio, la oscura raíz común, el enfrentamiento originario que da sentido a la unidad tanto como a la oposición del sentido y de lo insensato. De este modo podrá reaparecer la decisión fulgurante, heterogénea al tiempo de la historia, pero inasible fuera de él, que separa el lenguaje de la razón y de las promesas del tiempo a este murmullo de sombríos insectos.” (Ibid, 127)

Así, una segunda diferencia importante entre Enfermedad mental y personalidad e Historia de la locura está dada por los tipos de relación que se pueden establecer entre la historia y la locura. Si en el primer texto esta relación se concibe, con un lenguaje todavía marxista, como las relaciones entre infraestructura y superestructura, en el segundo se trata más bien de “experiencias”, o mejor dicho aún, de “movimientos rudimentarios de una experiencia”. “Esta estructura de la experiencia de la locura, que pertenece por completo a la historia, pero que se asienta en sus confines, y ahí es donde se decide, es el objeto de este estudio.” (Ibid, 126)

En rigor, Historia de la locura intenta dar cuenta de la emergencia de un nuevo objeto que, a partir del periodo clásico, se ofrece a la experiencia humana: objeto de conocimiento y reconocimiento que en la modernidad es definido con el término de locura. Con base en un amplio campo documental.

Foucault muestra cómo la locura se convirtió en una experiencia fundamental que tiñe el paisaje de Occidente desde fines del siglo XVII. Esta experiencia primordial no solo configuró a la locura como objeto de conocimiento, sino, y al mismo tiempo, fue capaz de producir al sujeto idóneo para conocerla.

El nacimiento de este nuevo objeto solo puede ser explicado como un hecho complejo en el que se entrecruzan líneas de fuerza de muy diferente índole; líneas que competen tanto al campo discursivo como al institucional, pero que afianzándolo en la percepción de las personas nos lo brindan como objeto de delación y pensamiento; como ámbito privilegiado de interpretación y dominación; espacio teórico y práctico del dominio antropológico en el que hoy todavía nos encontramos.

### Referencias

- Castro, E. (2004) El vocabulario de Michel Foucault. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes.
- Dreyfus, H. y Rabinow, P. (2001) Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión, 2001.
- Foucault, M. (1992) Enfermedad mental y personalidad. México. Paidós.
- Foucault, M. (1999) "Prefacio" en Michel Foucault. Entre filosofía y literatura. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Foucault, M. (1986) Historia de la locura en la época clásica. México. Fondo de Cultura Económica, Breviarios, núm. 191.
- Foucault, M. (2005) Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas. México. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2012) Un peligro que seduce. Entrevista con Claude Bonnefoy. Valladolid. Cuatro.
- Foucault, M. (2005) El poder psiquiátrico. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Gros, F. (1997) Foucault y la locura. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión, 2000.
- Morey, M. (1983) Lectura sobre Foucault. Madrid. Taurus.
- Ortega, J. (2013) Foucault ante Freud. México. Paradiso editores.
- Sauquillo, J. (1989) Michel Foucault: una filosofía de la acción. Madrid. Centro de Estudios Constitucionales, 1989.
- Trías, E. (1969) "El loco tiene la palabra" en Filosofía y carnaval. Barcelona. Editorial Anagrama, 1984.